



UNA ESPIRITUALIDAD PARA LA UNIFICACIÓN

1. INTRODUCCIÓN

1

Desde hace varios años venimos hablando sobre el proceso de unificación de las entidades dominicanas de la Península Ibérica. Por lo tanto no es una realidad que se nos impone como nueva, sino que poco a poco la hemos ido asumiendo. Esta reflexión se nos ha hecho más cercana en los últimos meses: fue en diciembre pasado cuando los frailes y las comunidades de la Provincia nos pronunciamos de forma casi unánime a favor de este proceso. También en este tiempo hemos estudiado diversos documentos sobre el modo práctico de abordar este camino que se prevé acabe en el 2016: cuestiones formales, jurídicas, de funcionamiento y gobierno, etc. Pero en nuestra reflexión ha surgido un interrogante: ¿estamos realmente preparados y mentalizados para este nuevo momento histórico que se avecina para la Orden en la Península Ibérica? A esa inquietud, mayoritaria, responde este documento precapitular y el trabajo que en él se va a plantear.

Cierto que en el fondo de este proceso están los problemas que conocemos: escasez de vocaciones, envejecimiento de los frailes, urgencia de simplificar estructuras y reorganizar los recursos para la misión (que sigue siendo la misma), etc. Pero el Espíritu nos está ayudando a hacer de esta situación una lectura desde la gracia: este es el tiempo de la creatividad, de un nuevo nacimiento de la misión de la Orden en la Península, de un nuevo replanteamiento, a nivel más personal, de la propia vocación e identidad. Dios nos está invitando a vivir una auténtica conversión y esta oportunidad no la podemos desaprovechar. De nosotros depende que este proceso no sea sólo una “reestructuración de entidades y presencias apostólicas”, sino que se convierta en una “reanimación vital de nuestra vocación y respuesta a Dios” por medio del carisma dominicano vivido en un nuevo contexto social y organizativo.

Utilizando una metáfora: se nos invita a vivir esta etapa no desde “las ramas” (modificación de estructuras y presencias, gobierno, hojas de ruta, etc.) sino desde “la raíz” (la revalorización y el enriquecimiento de nuestra vocación personal en estas circunstancias concretas). Cuando el



árbol está bien arraigado, la poda no supone una dificultad sino que se convierte en una oportunidad de crecimiento y maduración.

Esta reflexión, como posibilidad de trabajo comunitario previo al Capítulo, intenta que hagamos una lectura profunda del proceso de unificación, de modo que suponga una oportunidad de agradecimiento de la vocación dominicana a la que hemos sido llamados, y un empuje a vivir con mayor hondura (estamos en el “Año de la fe”...) el gran regalo de la fe, que sostiene nuestra vida y misión como dominicos.

*Podemos reflexionar y dialogar sobre esto en la comunidad:
¿Cómo nos situamos ante el proyecto de unión de Provincias?
¿Qué miedos y qué esperanzas despierta en nosotros?
¿Cómo lo abordamos espiritualmente?
¿Qué lectura espiritual hacemos de este proceso?*

2. “EL SEÑOR NOS HA HECHO CAMINAR POR LAS ALTURAS”

*Aunque la higuera no echa yemas y las viñas no tienen fruto,
aunque el olivo olvida su aceituna y los campos no dan cosechas,
aunque se acaban las ovejas del redil y no quedan vacas en el establo,
yo exultaré con el Señor, me gloriaré en Dios mi Salvador.
El Señor soberano es mi fuerza,
él me da piernas de gacela y me hace caminar por las alturas.
(Ha 3, 17-19)*

En medio de un contexto de escasez y limitación el profeta Habacuc ayuda a Israel a hacer una lectura agradecida de la realidad que vive partiendo de lo anteriormente vivido. Siempre que ha habido dificultades, Dios ha estado presente sosteniendo al pueblo; por eso, Israel no debe tener miedo al futuro, ya que tiene pruebas evidentes en su historia de la cercanía y del cuidado de Dios.

Durante algún tiempo, incluso en algunos ámbitos de la Provincia, hemos podido hacer una lectura recelosa del proceso de unificación y reestructuración que ahora afrontamos. Han podido pesar en nosotros los miedos a lo incierto, lo inseguro. Hemos podido temer que se pierda nuestra identidad particular de “dominicos de la Bética”, o que nuestras



presencias apostólicas se viesan empobrecidas o anuladas. Es posible que hayamos creído que podemos afrontar el futuro como hasta ahora, contando con nuestras solas fuerzas. En resumen: hemos podido mirar como un reto, un momento duro, difícil, lo que supone el proceso de unificación. Estamos seguros que va a significar un cambio radical en muchos niveles.

En nuestra Provincia ya hemos atravesado reestructuraciones mucho más duras e inciertas que esta que ahora nos toca afrontar. Y constatamos, agradecidos a Dios y a los hermanos, que en esos momentos nos hemos hecho grandes, fuertes y fecundos. Hacemos memoria de algunos de estos procesos en nuestra historia más inmediata.

En la memoria de muchos frailes está la etapa de la Guerra Civil. Aquella situación –que se dio impuesta a la sociedad y a la Iglesia- significó la pérdida y abandono de muchas de nuestras obras apostólicas, que empezaban a desarrollarse después de la reciente restauración. Nos puso frente a un presente cruel y un futuro muy incierto. Y nos dejó, sobre todo, la muerte de algunos de nuestros hermanos, a los cuales veneramos con respeto de mártires. Sin embargo, aquel episodio de pérdida y reestructuración que nos hizo más pobres también nos abrió a unos años de florecimiento vocacional y de establecimiento de la Provincia, en su identidad y en sus presencias.

En torno a los años del Concilio y posteriores se vio necesario un cambio de estructuras: una reestructuración en orden a la renovación, simplificando lo que ya no servía y abriéndonos a la comunión y a la misión. Este largo proceso cambió por completo el rostro de nuestra Provincia y renovó las motivaciones de los frailes. Somos conscientes que muchos abandonaron, incapaces de situarse ante lo nuevo. Aquel dolor inevitable nos empobreció, pero también nos hizo afrontar de una manera evangélica y en comunión con la Iglesia y la Orden el futuro que ahora es presente.

En los años noventa la Provincia decidió dar nuevos pasos de cara a la colaboración con las otras entidades. Significativo fue el traslado de nuestros estudiantes a Valencia, o la puesta en marcha del Noviciado interprovincial en Sevilla. Gestos que sirvieron para reestructurar nuestra misión, dolorosos en su comienzo pero que se han demostrado como necesarios y oportunos. Supusieron grandes sacrificios, pero hoy estamos orgullosos de haber sido pioneros en dar aquellos pasos.



Seguro que podríamos citar más episodios concretos de exigencias de reestructuración. También los ha habido en las comunidades concretas. ¿Qué hemos aprendido de ellos? Como Habacuc nosotros reconocemos que la escasez y precariedad no han sido un límite sino una oportunidad para fiarnos más del Señor. Que en ellos no valen tanto nuestros esfuerzos por mantener lo que somos o tenemos, sino la apertura fiel a la Providencia. En esos procesos de reestructuración ya vividos ha crecido nuestra fe en Dios, ha aumentado nuestra esperanza en Él, hemos renovado nuestra opción por la vida interior, nuestra pasión por Santo Domingo y nuestra vinculación al cuerpo que es la Orden. Pero sobre todo, en las dificultades y en los momentos de reestructuración hemos ido aprendiendo a ser mejores dominicos.

Reflexionemos y dialoguemos en comunidad sobre los momentos históricos de reestructuración que ya nos ha tocado vivir, a nivel comunitario y provincial, o incluso a nivel personal.

¿Qué nos ha hecho salir de aquellas crisis y superarlas?

¿Qué hemos aprendido de ellas?

3. “¿NO ERA NECESARIO?”

Entonces Jesús les dijo:

- «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas!

¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?»

Y, comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura.

(Lc 24, 25-26)

Es la observación que el Resucitado hace a los discípulos que caminan huyendo de Jerusalén hacia Emaús, antes de quedarse con ellos y demostrarles quién es realmente. Ellos esperaban que la vida de Jesús terminase de otra forma. No contemplaban en sus proyectos el dolor ni la muerte. Y fue el aparente fracaso de su Maestro el que les invitaba a huir. Sin embargo, el misterioso amigo del camino les enseña a descubrir al Resucitado detrás de los signos de debilidad, y sólo en ellos. Sí: era necesario que el Mesías padeciera para entrar en su gloria...



A menudo también a nosotros nos frena la debilidad que vemos a nuestro alrededor. La debilidad de estos tiempos de crisis social, que también llama a nuestras puertas. La debilidad de la salud disminuida o de las vocaciones escasas. Miramos atrás y no vemos la Provincia que antaño tuvimos, en cuanto a número de frailes y significatividad de nuestra misión. Ciertamente hoy nuestras comunidades son más débiles a todos los niveles: personas, calidad de nuestra vida litúrgica, de nuestros capítulos comunitarios, ejercicio del liderazgo, exigencias de fraternidad, estabilidad misionera, pobreza de nuestro estudio... La debilidad también toca nuestra vida más íntima, nuestra propia vocación: disminuyen las fuerzas y energías, bajamos el listón y nos conformamos con menos, se enfría nuestra esperanza... En ocasiones miramos con desesperanza el futuro y los procesos que nos lo van acercando.

Esto que vivimos no es un error ni una mentira tras la que nos escondemos. Tampoco es una mala racha que se pasará y volverá el esplendor de otros tiempos mientras nos quedamos parados esperándolo. Todas estas debilidades que nos rodean son necesarias. Son los signos de los tiempos que nos indican que una nueva sociedad está emergiendo, con nuevos actores y protagonistas, con nuevas fronteras. Que está naciendo también una nueva respuesta de la Iglesia ante todo ello. Y que la Orden, con todos sus esfuerzos en la misión de la Evangelización, tiene que situarse de una manera diferente ante el tiempo que llega.

También nuestras entidades en la Península Ibérica deben tomar una postura común ante esta realidad. Una postura creativa, original y nueva que redefina la misión de la predicación en este nuevo contexto. Ciertamente “el vino nuevo necesita odres nuevos”. Cada uno de nosotros debe asumir la novedad que se esconde en esta situación concreta de debilidad que ahora vivimos. Este cambio que atravesamos es una oportunidad para reafirmar nuestra vocación, reajustar las estructuras de cara a la misión y redefinir nuestro carisma.

En este tiempo el Resucitado, en nuestro particular camino a Emaús, nos invita a no tener miedo de la debilidad, sino a servirnos de ella para la misión. Sólo podemos ser fieles al carisma de Santo Domingo si nos situamos en nuestra verdad y nos servimos de ella como medio para la misión. En el lenguaje del Resucitado, “la debilidad es necesaria”.



Necesitamos reconocer lo que somos, poner nombre a nuestras po-
brezas: edad, limitaciones, estructuras, medios... También dialogar en
comunidad sin miedo sobre esto, con realismo y esperanza. Y constatar
que la Orden hizo sus obras más grandes cuando vivió dificultades mayo-
res.

Pero también estamos necesitados de volver a fijar la mirada en
Dios, con los medios que la Orden siempre nos ha dado (oración, estudio,
comunidad, misión, etc) y con el testimonio que recibimos de nuestros
mayores. El Espíritu, por medio de esta “necesaria debilidad”, nos empuja
con urgencia a “ser lo que tenemos que ser”, por carisma y por vocación
personal: confiados en Dios (frente a los poderes humanos tan limitados);
pobres (en espíritu, estructuras, poder, en un contexto de inseguridades);
obedientes (porque solos no podemos caminar y formamos parte de un
cuerpo); afectivos (con el corazón abierto y entregado); itinerantes (sin
instalarnos en lugares, presencias o ministerios); apasionados por la predi-
cación (como respuesta válida para este mundo “en crisis”)...

¿Y si la debilidad que ahora vivimos nos la estuviera regalando Dios
como ocasión propicia para hacernos más fuertes, más fieles, mejores
dominicos? ¿Qué está queriendo sacar Dios de nosotros en este momento
histórico?

*Podemos reflexionar personalmente y dialogar después en comuni-
dad.*

*¿Qué lectura nos está invitando Dios a hacer de esta realidad nega-
tiva que hemos estado viviendo?*

*Añadid otros aspectos de debilidad en los que se manifieste cómo la
situación actual nos lleva a hacer una lectura positiva de ellos.*

4. NACER DE NUEVO

Jesús dijo a Nicodemo:

*- "Yo te aseguro que el que no nazca de nuevo
no puede ver el reino de Dios".*

Nicodemo repuso:

*- "¿Cómo es posible que un hombre vuelva a nacer siendo vie-
jo?*

(In 3, 3-4)



Nicodemo pregunta con buena voluntad a Jesús qué debe hacer para que llegue el reino de Dios. Su respuesta no es una invitación a convertirse, ni siquiera a “reformarse”. Jesús le exige “nacer de nuevo” por el agua y el Espíritu. El compromiso con Jesús pide una radicalidad, una auténtica novedad. La vida cristiana es un continuo “nacer de nuevo”.

¿Cómo podemos “nacer de nuevo” y hacerlo en este contexto que ahora estamos viviendo? La invitación de Jesús sigue dirigiéndose a cada uno de nosotros como una exigencia. La vocación de predicadores implica estar naciendo siempre de nuevo. ¡Somos continuamente engendrados a la fraternidad y a la predicación!

El proyecto de unificación de entidades en el que estamos inmersos es, ante todo, una llamada a la novedad evangélica por encima de cualquier otra cosa. Es una invitación a la creatividad: “Si debemos reestructurar nuestras entidades en la Orden no es por razones técnicas, demográficas o administrativas, sino más bien debido a esta exigencia radical de creatividad [...] Debemos poner en acción lo mejor posible la dinámica de nuestro carisma.” (Fr. Bruno Cadoré, Ávila, septiembre de 2012). Esta lectura de novedad es la que está en la base del proyecto de unificación.

Debemos reconocer que tenemos nuestras dificultades a la hora de plantearnos un “nuevo nacimiento”: somos demasiado mayores, tenemos una habitual resistencia al cambio, nos puede el individualismo, no hay en nosotros un fuerte sentido de provincia, también poca actitud y aptitud para los procesos vitales (no hemos sido educados en la conversión continua, con la edad nos cuesta más el cambio vital), nos falta un elemento motivador que no sea simplemente conservar o mantener lo que se ha hecho hasta ahora, echamos de menos un liderazgo animador (los documentos que tenemos están bien, pero falta el líder que acompañe y motive) a todos los niveles... ¿Cómo nacer de nuevo en estas circunstancias y con estas limitaciones humanas que tenemos?

Nuestra provincia ha tenido siempre como modelo a San Álvaro. En él encontramos a un hombre apasionado por Dios y por la predicación. Cuando lo tenía todo como profesor, y a una edad ya avanzada para su época, decidió ponerse en camino. Un camino exterior (fue peregrino a los santos lugares) pero sobre todo interior: el camino de la reforma. En los últimos años de su vida no sólo fundó el Convento de Scala Coeli de



Córdoba, sino que emprendió una aventura interior de conversión y penitencia, para dar un rostro nuevo a la Orden bajo el signo de la reforma, volviendo al proyecto inicial de santo Domingo.

San Álvaro es la mejor imagen que tenemos para ayudarnos a “nacer de nuevo”, a no acomodarnos o quedarnos tranquilos con lo que ya vivimos, ni tampoco venimos abajo ante las dificultades del presente, sociales, eclesiales o personales. Él nos recuerda que para “nacer de nuevo” toda edad es buena, que un dominico nunca puede jubilarse de la pasión por la Palabra. Él nos estimula a vivir con ilusión nuestra vocación en estos tiempos, no más difíciles que aquellos de comienzos del s. XV. Con San Álvaro podemos traer también a la memoria a nuestros hermanos, muchos de ellos conocidos y otros anónimos, que a lo largo de los siglos han vivido con pasión su vocación dominicana, algunos en contextos de dificultad a muchos niveles.

Todos los elementos de la Orden “sólidamente trabados entre sí, equilibrados armoniosamente y fecundándose los unos a los otros” (LCO 1, IV) constituyen un sistema capaz de ayudarnos a “nacer de nuevo”, desde el momento que los vivimos con coraje. La unanimidad en nuestra vida comunitaria, la profesión honda y visible de nuestros votos, la vida contemplativa y orante de cada uno, la celebración común de la liturgia (aun en nuestra pobreza), el compartir diario de la Eucaristía, la búsqueda común de Dios por el estudio, el gusto por anunciar el Evangelio... siguen siendo la puerta necesaria de nacimiento a la vida de Dios que continuamente debemos atravesar, que enriquecen nuestra vocación y que hacen creíble nuestra predicación como dominicos.

En octubre de 2014 nuestra Provincia Bética celebrará el V centenario de su creación (10 de octubre de 1514). Aquel momento de “reestructuración” ante un mundo recién descubierto y en un profundo cambio, exigió a la Orden adaptarse para evangelizarlo mejor. La Provincia se creó para el servicio de la misión. Hoy, ante un escenario en continua evolución, también se nos pide un replanteamiento, de estructuras, personas y vocaciones para servir mejor a la misión de predicar el Evangelio.

Estamos hechos para tiempos nuevos. Así nos fundó santo Domingo: para preparar con la Palabra el tiempo que está por llegar. Ante nosotros ahora se está gestando un mundo diferente, una etapa distinta. A nivel social, eclesial y humano. Nuevos van a ser los hombres y mujeres



necesitados de Dios, nuevas sus preguntas y sus búsquedas, nuevos los contextos que les envuelvan. Por eso deben ser nuevas las estructuras que nos faciliten y simplifiquen el acceso a las gentes. De ahí que necesitemos crear juntos un nuevo rostro de la Orden para el tiempo que está llegando. Y debemos nacer a él. Para esta novedad nadie sobra, todos somos imprescindibles si estamos dispuestos a “nacer de nuevo”.

Podemos reflexionar y dialogar en comunidad:

En este proceso de unificación, ¿qué elementos de nuestro carisma pueden ayudarnos a “nacer de nuevo”? ¿Qué elementos nos parecen ahora más urgentes?

¿Cómo nos puede ayudar y motivar la figura de San Álvaro?

¿Qué implica para nosotros, a nivel individual, comunitario y provincial “nacer de nuevo”?